

digán que no debo volar” . . . —me decía en aquella esquela que me escribió horas antes del viaje. En la primera semana de octubre, poco después de su llegada a la capital platina, fallecía el gran escritor.

En esa ínterin ya había sido terminada la copia de los “Cantos de la Prisión y del Destierro” que le estaba destinada. La copia de esa reproducción la retuve para mi archivo. Ido para siempre el gran escritor y amigo, ¿a quién podía ofrecer, como homenaje a su memoria, esa copia que le estaba destinada?

En reconocimiento a la admiración, atenciones y amistad, que ofreció el Dr. Leví Carneiro al escritor venezolano, en su paso por Río, decidí ofrecerle la copia original preparada para Don Rufino. Creía que con ese gesto homenajeaba al gran amigo desaparecido para siempre y a su admirador brasileño, Dr. Leví Carneiro.

Conservo en mi archivo, además, el original en portugués del discurso con que lo recibió en la Academia Brasileña el Dr. Leví Carneiro; y el borrador de la versión castellana que el propio Don Rufino revisó y corrigió, de su puño y letra. Pasamos un domingo entero revisando ese borrador y recuerdo un incidente curioso. El hizo una alteración en mi traducción. Le dije: “Lo que Ud. ha puesto no corresponde exactamente al sentido de lo escrito por el Dr. Leví”. Me respondió sonriendo: “Lo que yo he puesto es lo que realmente él quiere decir; pero no supo decirlo. . .”

La copia de aquella reproducción mecanografiada que retuve en mi archivo, es la que se encuentra ahora en la Biblioteca Nacional de Caracas. Está explicado, así, el origen de esa copia que se encuentra en la colección completa de las obras de Don Rufino.

El original de la reproducción ofrecida al Dr. Leví Carneiro se encuentra actualmente en la Biblioteca del Supremo Tribunal de Brasil. Al fallecer este gran brasileño, legó su vasta colección de obras jurídicas, literarias, históricas, una de las mayores bibliotecas particulares del Brasil, al Supremo Tribunal Federal, con sede en Brasilia. Queda así explicado el destino del original de la reproducción preparada especialmente para el gran polígrafo de la patria de Bolívar.

En la colección de las obras de Blanco-Fombona incorporada a la Biblioteca Nacional de Caracas sólo faltan “*Cuentos Americanos*”, edición de Garnier Hermanos, París, y la primera edición de “*El Hombre de Hierro*”, edición Sempere, Valencia, España. Se poseían esas ediciones; pero desaparecieron en manos de “amigos”, haciendo válido el citado proverbio de “quien presta un libro es un tonto, y el que lo devuelve mucho más tonto”.

Río de Janeiro, junio 1980.

NUESTRAS GRANDES FIGURAS MEDICAS. LISANDRO ALVARADO EN EL PANTEON

Por ALBERTO SILVA ALVAREZ

El miércoles 14 del presente mes —y para atender amable invitación— asistí a los actos celebrados en el Senado de la República y en el Panteón Nacional, con motivo de la inhumación de los restos del Dr. Lisandro Alvarado en el segundo

de los sitios señalados. El polígrafo tocuayo había muerto en Valencia en 1929 y por su extraordinaria y polifacética obra civilizadora reclamaba ya, a 51 años de su desaparición física, los honores del Santuario que la Patria tiene reservado para sus más ilustres servidores.

Sobrios, dentro de su solemnidad, los referidos actos, prestigiados con la presencia del Sr. Presidente de la República, su esposa —biznieta del sabio— y demás autoridades e invitados especiales. En el hemiciclo senatorial la voz vibrante y juvenil de Carlos Felice Castillo; en el Panteón la palabra docta y reposada de Humberto Campíns. El primero, larense como don Lisandro; el último portugués, oriundo de esa tierra llanera que tanto quiso el humanista y médico doblado de maestro cuando regentó el Colegio Federal de Guanare, donde en 1893 graduó de Bachiller, entre otros, a su sobrino político —a la vez colega y suegro de Campíns— Daniel Camejo Acosta, un gran médico y atildado escritor sobre quien escribí en 1977, en ocasión de celebrarse su centenario-natalicio.

“Sabio de gran sencillez adusta, que ironizaba sonriendo como Sócrates y filosofaba dudando como Descartes”, dijo de él otro ilustre larense, José Gil Fortoul, compañero de Alvarado en las aulas egidianas del Colegio “La Concordia”. Y agregaba que había sido el más eminente en ciencias y letras, entre los hombres de su generación. Efectivamente, al lado del ilustrado galeno estuvo el inquieto naturalista; el historiador y sociólogo positivista; el etno-antropólogo acucioso, de acertados juicios; el consumado filólogo y lingüista que llegó a dominar alrededor de 10 idiomas entre vivos y muertos; el escritor y poeta de fino estilo; el inspirado músico; el funcionario idóneo; el filósofo humanista, en fin, que a los 71 años muere pobre pero cargado de merecimientos, con sobra de virtudes y luces, como sentenció el Libertador al señalar nuestras primeras necesidades. Graduado en 1884, compartió los estudios universitarios con Luis Razetti, Nicanor Guardia, hijo, y Egidio Montesinos Agüero, aquél el Maestro por antonomasia, el segundo uno de los 5 fundadores del famoso Instituto Pasteur y el tercero, notable internista, hijo del Mecenaz tocuayo. Vendrían luego, para Alvarado, los años de la trashumanicia que lo puso en contacto con la realidad venezolana de todos los días. Mil caminos supieron de sus andanzas y desvelos, alternando siempre el ejercicio médico con las más diversas disciplinas que conformaron su mente e inspiraron su pensamiento ávido de conocimientos, ansioso, por así decirlo, de saberlo todo.

En el Congreso de 1911 —año centenario de la Independencia— tres galenos ocupaban curules en la Cámara del Senado. Eran ellos Lisandro Alvarado, Pablo Acosta Ortiz y Luis Felipe Blanco, en representación de los Estados Cojedes, Lara y Sucre, respectivamente. Por cierto, el último, padre del insigne poeta y también parlamentario y político Andrés Eloy Blanco. Por esta circunstancia, juzgo doblemente acertado el homenaje tributado por la Cámara Alta a quien ahora reposa en una de las naves laterales del Panteón, casi frente a José Vargas —el Hipócrates venezolano—, a José Angel Alamo, Carlos Arvelo y Pedro Bárcenas, médicos también, quienes con Guillermo Michelena, sepultado en otra nave —y yo agregaría a Rafael Rangel— son los hijos de Esculapio cuyas cenizas venerables yacen bajo las lozas del sagrado recinto. Y ya que he nombrado al Maestro Razetti es conveniente insistir en el deseo, tantas veces expresado, de que sus restos reposen igualmente en el Panteón Nacional. Ojalá que para 1982, cuando habrá de cum-

plirse el cincuentenario de su muerte, ya se haya consumado este hecho por demás justiciero y sea oportuno reproducir las palabras con que terminé el discurso de orden pronunciado en la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina, en 1962, en la oportunidad de celebrarse el centenario del nacimiento del venerado Apóstol de la Deontología Médica. Dije entonces, al imaginar una salutación de bienvenida a Razetti por los ya mencionados galenos: "Pase Ud., colega, que hace ya unos cuantos años tiene Ud. un sitio en esta Casa de los Inmortales. ¡Y estoy seguro de que ahora, con singular satisfacción, el coro de voces se vería reforzado con la del condiscípulo y amigo Lisandro Alvarado!

Caracas, mayo de 1980.

RAICES, HERENCIA Y VIRTUDES DEL MARISCAL ANTONIO JOSE DE SUCRE Y ALCALA

Por MERCEDES LARA MARCANO

El Mariscal Antonio José de Sucre para la fecha de Ayacucho 1824 representa 998 años de herencia militar, casi 10 siglos, como lo prueban en su escudo de familia las veneras, que son las medallas del Glorioso Apóstol Santiago, cristianizador de España, quien aparece en ayuda de ellos, en la célebre batalla de Clavijo en 825.

Si observamos las virtudes que representa su escudo encontraremos que todas brillan en los distintos e interesantes momentos de su vida.

Escudo cuartelado: 1º y 4º de plata con una faja de sable, 2º y 3º de oro con una cruz ancorada de sable.

Son el 1er. y 4º cuartel. En campo de plata una faja de sable con una cimera consistente en Cristo de hombre de carnación con traje de sable, de reverso levantado de oro.

Por lambreguines dos quimeras de oro Divisa "Audacis, fortuna Juvat" de plata sobre un listel de plata cargada con cinco conchas veneras de gules, una de las cuales en corazón (que es de los antepasados Rouvroy—Saint Simon).

El campo de plata corresponde al color blanco manifiesta: limpieza, inocencia, integridad, elocuencia, riqueza, vencimiento.

El gules de las veneras o sea el rojo denota atrevimiento, ardid, alteza, fortaleza, guerra y vencimiento por sangre. (Berruecos).

Sable color negro corresponde a la tierra representa: Prudencia, ventaja, firmeza, obediencia, honestidad, rigor, gravedad, tristeza, mística.

Sus apreciaciones de la vida: La prudencia, gravedad y firmeza le dieron el triunfo de Ayacucho.

La obediencia la practicó hacia sus superiores y en especial a Bolívar no atreviéndose ni siquiera a usar el título de General dado por Santander — hasta no confirmarlo nuestro Libertador.